

LA HISTORIA ¿CIENCIA O LITERATURA? A PROPÓSITO DE LA RESPUESTA DE JAMES BRENNAN

Nicolás Iñigo Carrera*

La primera lectura de la respuesta del Dr. Brennan a mi crítica del libro **El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba. 1955-1976**, desde su tímido reconocimiento y justificación de errores al comienzo hasta su intento de darle un carácter ideológico al final, me produjo asombro. Brennan está dolido. Se siente «retado», «ofendido», «insultado». Sin entender que no se trata de una confrontación personal, que las observaciones no son a su persona. Por lo que no es necesario tomar en consideración su obra completa, incluyendo libros que no estaban publicados cuando escribí el comentario, como reclama en su Respuesta.

Sí es una confrontación entre distintas concepciones acerca de lo que es la investigación histórica. Si pretendemos «empezar a reconstruir» «esta historia cada vez más olvidada» y «reabrir un debate sobre los significados de todo lo sucedido en Córdoba» no será solamente a partir de los sentimientos. La investigación científica debe desempeñar un papel central. Y la investigación tiene sus reglas. La primera, tener como meta la verdad.

La búsqueda de la verdad necesita de la confrontación. Confrontación con el conocimiento previamente acumulado, confrontación con los datos de la realidad, confrontación con los distintos instrumentos teóricos necesarios para lograr la mayor aproximación posible a la verdad.

Es por eso que, antes de pasar a mostrar la justeza y certeza de cada una de mis observaciones críticas, invito a los lectores que consideren que vale la pena, a acompañarme en un razonamiento que localiza mi crítica en el contexto argentino que, probablemente, Brennan desconoce en varios aspectos.

Esta localización justifica, incluso, la publicación del artículo respondido por Brennan. Yo mismo me pregunté por qué tomar en cuenta para criticar un libro que considero endeble y superficial. Y la respuesta, que curiosamente se vincula con los motivos de Brennan para publicar el libro, fue que aborda un período y una temática centrales para entender la actual situación de la sociedad argentina. Un período y una temática que remiten directamente al intento más importante de la clase obrera y el pueblo por superar las relaciones sociales en las que histórica-

* Instituto de Estudios Histórico Sociales, Universidad Nacional del Centro. Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina.

mente estuvieron inmersos y construir otra forma de organización de la sociedad. Un período cuyos resultados están presentes en la vida de los argentinos. No se está hablando de tiempos remotos o temas irrelevantes.

El contexto a que me refiero incluye entre sus rasgos el hecho de que, si bien se han publicado muchos testimonios, recuerdos y descripciones realizadas por los protagonistas del período y también opiniones de políticos e intelectuales, son muy pocas las investigaciones, y menos aún las que intentan abarcar la totalidad del período 1955-76. Esta situación hace que todo libro que se publique, presentándose como resultado de una investigación que pretende aportar al conocimiento del período, deba ser particularmente riguroso tanto en su forma como en su contenido. No es casual que sean pocas las investigaciones publicadas.

Pero, además, un libro como el de Brennan, quizás escrito pensando en un público angloparlante, pero publicado **en castellano en la Argentina**, en una colección especializada, que fue ampliamente difundido aún antes de su publicación, con una distribución masiva, y que seguramente es bibliografía en cátedras de historia argentina, no debe ser leído y reseñado con ligereza. Menos aún cuando en parte del mundo académico y cultural impera cierta dependencia intelectual (¿o deberíamos hablar del cipayismo de algunos intelectuales?) frente a los investigadores extranjeros, a menudo presentados como mejor formados, con más recursos para obtener información, e, incluso, más objetivos en el análisis de nuestra historia.

Pasemos ahora a las observaciones concretas sobre los errores y tergiversaciones de Brennan y a su respuesta, que lamento decir, no mejora la impresión que me dio su trabajo. Errores y tergiversaciones, que ni por asomo son todos los que contiene el libro, y que tampoco son «detalles» sino que fueron señalados como ejemplos de cómo ha trabajado Brennan, y cómo construyó sus conclusiones.

He ordenado las «respuestas» de Brennan en dos tipos para hacer más sintético este comentario:

1) Literarias y de traducción

Dice Brennan que hacer referencia «a los hombros de Tosco» es un recurso literario para «hacer el libro más accesible a lectores no especialistas»; lo que no dice es que los pone (p.100), junto con su inteligencia y su indiferencia ante las desaprobaciones, como uno de los elementos en el proceso que convirtió a Tosco en «uno de los voceros más capaces e inteligibles del movimiento obrero»; y esto es, como dije, de una increíble superficialidad.

Brennan se ampara en el idioma inglés para justificar afirmaciones imposibles de contrastar con los datos de la realidad.

Antes de presentar el comentario publicado en el **Anuario del IEHS 12**, y sorprendido de que se calificara así a René Salamanca, verifiqué el significado de la palabra «renegado» en castellano (**Diccionario de la Lengua Castellana**: «apóstata, hombre áspero de condición y maldiciente»; **Larrousse**: apóstata) y «renegade» en inglés. Los diccionarios tanto británicos como americanos consultados (**The Concise Oxford Dictionary**, 1976; **Webster An American Dictionary of the English Language**, 1894; **Longman**, 1978) incluyen tres acepciones de la palabra «renegade» que, traducidas son: «apóstata», «desertor», «vagabundo»; y como sinónimo «traidor»; Webster (1990), incorpora además «individuo que rechaza el comportamiento legal o convencional». No aparece ni remotamente la palabra «rebelde» en un sentido político. Es un buen indicador de cómo trabajó Brennan el que haya tomado algún uso vulgar para terminar diciendo exactamente lo contrario de lo que dice que se propuso decir.

Algo parecido ocurre cuando convierte al Che Guevara en hijo nativo de Córdoba. Y este error sería un «detalle» si no fuera porque se inserta en un razonamiento que recorre todo el libro acerca de lo que tiene de «único» el proceso revolucionario en Córdoba.

Brennan reconoce el error de titular al libro *El Cordobazo* e intenta justificar el uso de la palabra «guerra» en el subtítulo. También en castellano, aunque no muy frecuentemente, se utiliza en forma figurada «guerra» para referirse a un conflicto. Pero no estamos comentando una obra literaria sino una investigación. Y en el campo científico «guerra» es un concepto con un significado preciso. Más aún cuando se lo aplica a un período histórico que ha dado lugar a una larga, y no dirimida, discusión acerca de si el proceso de luchas desarrollado en la Argentina tomó o no la forma de «guerra». Algo que el mismo Brennan no desconoce, ya que hace referencia a ello (p. 34), pero que evidentemente no termina de asumir.

2) Donde elude o tergiversa la observación

Dice Brennan en su libro que las FAR y Montoneros «se unieron para defenderse contra una reacción inminente, constituyendo una *alianza*» (p. 329) y vuelve a llamarla «alianza» «que se transformó en principal sostén del gobierno provincial», unas líneas más abajo. En mi observación, donde en ningún momento me referí a ella como «electoral», señalé que no era una «alianza» sino una *fusión* (*Anuario del IEHS* 12, p. 490, nota 16): ambas organizaciones se unieron para terminar constituyendo una sola, y su meta iba mucho más allá que defenderse «contra una reacción inminente» o ser «sostén» de nadie.

Dice Brennan en su libro que «en las provincias azucareras del Noroeste, por ejemplo, VC era particularmente activa y responsable en gran medida de la CGT clasista de Armando Jaime en Salta» (y la nota que sigue remite a publicaciones partidarias); no hace ninguna referencia al peronismo revolucionario de Jaime ni, mucho menos, al FAS. No se trata de menospreciar el papel de VC, pero tampoco de negar la adscripción de quienes dirigían la CGT ni de atribuir a los obreros salteños una pertenencia política que no tenían.

Pero es en relación a la muerte de dirigentes sindicales donde queda más desnudo el intento de Brennan por eludir la crítica tergiversándola. En su libro (pp. 324-325) Brennan hace referencia a una política de las «organizaciones guerrilleras izquierdistas» de eliminar a dirigentes sindicales considerados burócratas. Señalé en mi crítica (que cito sin recortar a gusto): «Peor aún, Brennan, *siempre cuidadoso en distinguir entre marxistas y peronistas, omite esa distinción* cuando hace referencia a las muertes de los dirigentes sindicales Vandor, Alonso, Kloosterman, Rucci, etc.». Lo que estoy señalando, precisamente, es que Brennan al decir que «la mayoría fueron perpetrados por organizaciones guerrilleras izquierdistas» está incluyendo a quienes explícitamente rechazaron ese tipo de acciones: las organizaciones guerrilleras marxistas. Es claro el texto de Brennan, es clara mi observación y su respuesta sólo intenta crear confusión para evitar aceptar la falsedad de su afirmación. Más aún, aunque pocas líneas más abajo había escrito «El ERP, uno de los principales ejecutores de este tipo de acciones...», dice Brennan que intenta «evitar echar la culpa a cualquier grupo específico de acontecimientos que todavía no quedan del todo claros». Me pregunto qué es lo poco claro con respecto a acciones que: a) fueron públicamente asumidas por comandos y organizaciones de la izquierda peronista, b) en una línea de acción que fue explícitamente rechazada por la guerrilla marxista. Pero dije algo más en mi comentario (p. 491) que Brennan parece preferir olvidar: que este supuesto «error de información» es utilizado para sostener las tesis del autor acerca de la relación entre el sindicalismo clasista y las organizaciones políticas que realizaban acciones armadas.

Respecto de P.O. (**Palabra Obrera** en el libro, **Política Obrera** en la realidad), Brennan lo había citado (en el libro) entre los partidos que «obtuvieron cierta influencia en las plantas de Fiat» (p. 260) y que formaba parte del «clasismo» (p. 273 y 296). Pero advertido (ahora) de que había atribuido el nombre de **Palabra Obrera a Política Obrera** descubre (ahora) que ese partido que tuviera cierta influencia era un «partido minúsculo que no juega ningún papel de relevancia en esta historia». Riguroso ¿no?

Algo parecido ocurre con el lugar de la violencia en la sociedad argentina. Dice Brennan en su libro que «La violencia *no era todavía una parte integrante* de la vida cívica argentina, aunque el Cordobazo sería *el punto de partida* de la que imperó en los años setenta» (p. 206), argumento que no es «un lugar común que todo el mundo acepta» sino que es repetido por aquéllos que prefieren hacer de cuenta que los setenta fueron un accidente en la historia argentina y no el resultado de todas las violencias ejercidas sobre la mayoría del pueblo (en especial su proscripción política y social) desde 1955. Pero ahora Brennan, en su respuesta, afirma que su «punto fue simplemente que el carácter de la violencia cambió», o sea que sí existía. Y que el Cordobazo fue en este aspecto un hito indiscutible. Cabe preguntarle si, en este aspecto, constituye un hito entre la inexistencia y la aparición de la violencia (como dice en el libro) o en el carácter de la violencia que ya existía (como dice en su Respuesta).

Claro que ahora Brennan prefiere descubrir que «a lo mejor no tiene mucho sentido» ir punto por punto. Y así evita justificar muchas de sus afirmaciones que no tienen respaldo en la realidad. Y pasar a lo que llama las «grandes malinterpretaciones».

Efectivamente, aquí pasamos a los problemas metodológicos. Campo del conocimiento al que Brennan prefiere referirse entre comillas.

¿Cómo se puede «estudiar a fondo un proceso histórico local y vincularlo con las fuerzas económicas internacionales que impactan en tal proceso», sin tener en cuenta el conjunto de la sociedad en que ese proceso local está inmerso? Si se estudia así un proceso ¿se lo puede caracterizar como único? ¿Único con respecto a qué? ¿Cómo se puede considerar a Córdoba única dentro del contexto nacional si no se tomó en cuenta ese contexto? En síntesis, el camino que toma Brennan para analizar Córdoba lo lleva necesariamente a un resultado: es única. Y por ese camino no está en condiciones de afirmar o negar qué es lo que tiene en común o no con el resto de la Argentina, ni qué es lo propio de Córdoba. Pero en mi comentario dije algo más que en su respuesta Brennan prefiere no tomar en cuenta: que el resultado a que llega es un retroceso frente a la conclusión a que se había arribado en «Lucha de calles, lucha de clases» en el sentido de que Córdoba era, en 1969, el eslabón débil dentro del capitalismo argentino; una tesis que toma en cuenta lo que Córdoba tiene de propio pero que a la vez la inserta en el conjunto de la Argentina y que permite explicar los procesos de luchas sociales que allí se producen.

No es una casualidad, sino un directo resultado del método que Brennan elige utilizar el que compare a Córdoba con una ciudad minera. Aunque nuevamente aclara que lo que dice «no fue para tomar literalmente» (sin duda es otra licencia poética) no se trata de una discusión de formas literarias sino de cómo se caracteriza a Córdoba. Y si Brennan no usa la palabra enclave (no es muy amigo de conceptualizar), atribuye a Córdoba todos los rasgos que clásicamente se han atribuido a las economías de enclave, para llegar a compararla (sin duda poéticamente) con una ciudad minera.

Por eso, justamente, de poco sirve que ahora señale que la combinación de elementos que también existen en otros lugares de la Argentina se dan en Córdoba de manera única.

También, y como resultado del mismo método, constituyen un retroceso los resultados a que llega en relación al Cordobazo, que aísla de los hechos de Rosario y del resto del país, como señalé en mi comentario anterior. Pero Brennan prefiere no tomar en consideración esta obser-

vación y, nuevamente, prefiere enturbiar la discusión contestando a mi observación de que no tomó en cuenta los trabajos clásicos sobre el tema, diciendo que hizo referencia en una nota al libro de Delich, y en otro artículo (no en el libro comentado) a «El 69» y al libro de Agulla. Y, por supuesto, hace una referencia general a que conoce bibliografía más reciente. Pero no se trata de que Brennan conozca la existencia de ciertos libros ni de cuándo fueron editados sino de que, como señalé en el comentario, *los tome en cuenta*¹. Es decir que, a partir del conocimiento que esos trabajos han producido, avance —sea confirmando, ampliando o refutando lo que allí se afirma.

Para lo cual, repito, es necesaria la confrontación: con el conocimiento ya acumulado, con los hechos de la realidad y, a la vez, de los distintos instrumentos teórico-metodológicos con que se los analiza.

Es posible que Brennan y yo tengamos concepciones diferentes de lo que es la investigación en historia: mientras para mí es una rama de la ciencia para él parece ser una rama de la literatura. En consecuencia yo espero encontrar un avance en el conocimiento y él prefiere «dar una voz a los protagonistas», aparentemente perdiendo de vista la distancia que hay entre sujeto y objeto de conocimiento en la actividad científica.

Desde mi perspectiva, los protagonistas hicieron oír su voz con sus acciones mucho más que con lo que puedan decir hoy sobre lo que hicieron; nuestro trabajo como investigadores es mostrar el vínculo entre la situación en que se encontraban, lo que hicieron para resolverla y las formas de conciencia a que se corresponden esas acciones. Y el avance en el conocimiento consiste en mostrar algo que no supiéramos acerca de esa relación. Si todo esto se «ha discutido antes y muchas veces» ¿para qué escribir un nuevo libro de casi 500 páginas?

También debe ser incluido entre los problemas metodológicos (aunque Brennan lo considera un problema de «orgullo nacional») el grado de diversificación de la economía argentina. De hecho durante décadas parte de la izquierda argentina consideró (y hay algunos que todavía la consideran) a la Argentina un país atrasado, predominantemente agrícola-ganadero, donde se mantenían resabios feudales. Brennan pretende medir la diversificación por la existencia o no de una industria metalúrgica pesada, la fabricación de máquinas herramienta y de bienes de capital. Con lo que cualquier enclave industrial pasaría a ser una «economía diversificada». Considero que es mucho más acertado evitar el «fetichismo» y medir la diversificación de una economía por *las relaciones* más que por *las cosas* tomando como indicador el desarrollo que tenga en ella la división social del trabajo. En 1960 la población agrícola argentina era sólo el 16,2%, mientras que la población industrial y comercial alcanzaba al 55,7% y la población no productiva al 28,1%; en 1980 los porcentajes respectivos eran: 10,1%, 57,7% y 32,2%. En 1980 en Córdoba la población industrial y comercial alcanzaba al 57,2%, la población agrícola al 11,4% y la no productiva al 31,4%. Como se ve una situación bastante alejada de la imagen que tiene Brennan.

Brennan se ofende porque señalo que tergiversa las posiciones políticas de Tosco. Y, nuevamente, intenta desviar la discusión diciendo que la tergiversación a que hago referencia tiene que ver con el programa político en la coyuntura de 1973 y específicamente con el FAS. En mi comentario me referí claramente a dos ejemplos de tergiversación de los hechos por Brennan: 1) en relación a la posición de Tosco frente a la cuestión de las alianzas de clase y a la cuestión nacional; 2) en relación a su posición frente a las organizaciones políticas que practicaban la lucha armada. En relación a lo primero Brennan dice que «incuestionablemente, la prioridad

¹ Probablemente debamos aplicar aquí la distinción que hace Piaget acerca de la diferencia entre *hacer* y *tomar conciencia de lo que se hace*. Brennan leyó esos libros ¿tomó conciencia de lo que dicen?

del líder lucifuercista *siempre* había sido la construcción de una alianza obrera alternativa, *libre de lazos con organizaciones no obreras*» (p. 375) y que Tosco «hacia declaraciones *claramente dirigidas a la izquierda peronista*, abogando por la lucha antimperialista...» (p. 310), contraponiendo estas declaraciones al haberse declarado marxista.

Cualquiera que haya leído los escritos de Tosco o que haya escuchado sus discursos conoce su posición en favor de la alianza de distintas clases sociales para lograr la liberación nacional; lo que no resulta contradictorio para quien conozca algo sobre las corrientes marxistas en la Argentina (y en el mundo). Ahora, en su respuesta, dice Brennan que «de ninguna manera digo que Tosco no estuviera interesado en tal cosa y menciono muchas veces en el libro que este deseo fue justo un punto de fricción entre él y algunos sectores de la izquierda...». ¿En qué quedamos? ¿qué pretendía Tosco, una organización obrera sin lazos con organizaciones no obreras o un frente que incluyera sectores no obreros? Y Brennan se molesta porque digo que su libro es confuso.

Por supuesto que, siguiendo a Gramsci, se puede hacer la distinción entre la organización de los intereses «económico-corporativos» (que remiten directamente al «grupo profesional») y los intereses «de partido» que remiten a alianzas sociales, y sabemos que «en la historia real estos momentos se implican recíprocamente [...] combinándose y escindiéndose de diversas maneras»². También es cierto que un planteo clásico en el marxismo distingue en la lucha de la clase obrera un carácter de «socialista» (en que la clase obrera se enfrenta al conjunto de las clases propietarias) y un carácter «democrático» (en que lucha aliada a otras clases sociales). Pero nada de esto está presente en el libro ni en la Respuesta de Brennan (recordemos que es poco amigo de las conceptualizaciones). Y en consecuencia el pensamiento de Tosco aparece tergiversado.

En relación al segundo ejemplo de tergiversación sí es pertinente la referencia al FAS. No es un punto menor. Allí confluyeron revolucionarios marxistas, peronistas y cristianos que apoyaban la lucha armada. Por eso reducirlo, primero, a frente electoral y después describir su Vº Encuentro diciendo «el congreso reunió a todos los clasistas y sindicatos revolucionarios del país» es deformar los hechos, porque en ningún momento dice, y no tiene por qué ser «evidente» para un lector que no haya vivido el período, como pretende Brennan, que había «otras fuerzas políticas». No se trata de una «interpretación», y menos aún atribuible a sus fuentes, sino de una tergiversación.

Pero donde la Respuesta de Brennan francamente se derrumba es cuando se refiere a «lo central del libro». Dice Brennan que «tergiverso» el sentido del libro porque él escribió en un 90% sobre el movimiento obrero de Córdoba, procesos de producción, estrategias de la patronal, mercados, sobre lo que el comentario no dice nada. Error. Justamente comienzo el comentario describiendo los temas que trata y las conclusiones a que llega (pp. 484 y 486). Pero, como justamente coincido con Brennan en que es importante «empezar a reconstruir» y «reabrir un debate sobre los significados de todo lo sucedido en Córdoba» no me limité a hacer una reseña. Brennan puede aportar información, y está señalado en el comentario, sobre las empresas automotrices o sobre los procesos de producción, pero no es eso lo central del libro. La tesis explícita en el libro —a la vez que intenta presentar el proceso de luchas sociales desarrollado en Córdoba como algo único— es que la lucha de los obreros cordobeses «fue más una lucha por los derechos en el lugar de trabajo y la protección gremial que por el socialismo».

El argumento central del libro, que señalo críticamente (**Anuario del IEHS** 12, p. 485) y que Brennan repite en su Respuesta («que un cierto proceso de industrialización y las resultan-

² Antonio Gramsci, **La política y el estado moderno**.

tes prácticas sindicales se combinaron para formar tradiciones sindicales que condujeron a una lucha por el control del lugar de trabajo», que «esta lucha estaba arraigada en un cierto contexto económico, tecnológico y empresarial» y presentarla «como una lucha por efectivizar la democracia interna y una organización representativa») es *justamente un planteo economicista, si entendemos este concepto en el sentido clásico del marxismo*. Y es economicista no porque no hable de lo político sino porque reduce la lucha obrera (incluso la política y teórica) a las cuestiones que brotan de una sola de las determinaciones que constituyen la actividad productiva³, sin tener en cuenta las otras relaciones materiales e ideológicas en las que están insertos los obreros⁴.

No lo sería si ése fuera su objeto de investigación, es decir si Brennan se hubiera propuesto estudiar las condiciones de trabajo y la resistencia de los obreros a esas condiciones. Brennan dice, *ahora*, que el libro «es un estudio del trabajo como un mundo en sí mismo, como una esfera social tan digna de estudiar como otros aspectos de la vida colectiva». Si el objeto de investigación es el mundo del trabajo, ¿por qué se titula «Las guerras obreras»? ¿por qué sólo dedica a ese mundo 57 páginas (de la 118 a la 133 y de la 393 a la 435) y 423 páginas a hechos que no remiten al mundo del trabajo?, ¿por qué las dos notas que publicó sobre su investigación en el diario Clarín tratan sobre el Cordobazo? Más aún, si el «énfasis en el libro no fue el proceso de cómo esa experiencia en la fábrica se transmitió al plano ideológico y político» (algo que hubiera sido justamente un avance en el conocimiento) ¿para qué referirse a la lucha específicamente política? Sólo es explicable porque para el autor todas las luchas de la clase obrera (incluyendo las políticas y teóricas) están referidas al mundo del trabajo y esa es una concepción economicista.

Ese es el resultado a que llega Brennan, el mismo que repite en su Respuesta, y que está señalado en el comentario: no ve, aunque la describa, el significado de la lucha política que la clase obrera llevó adelante aliada con otras fracciones y capas oprimidas. Por eso, tal como está señalado en el Comentario, puede contraponer la lucha por los problemas del lugar de trabajo con la lucha por el socialismo presentando «como contradictorio lo que es el desarrollo de un movimiento, que cambia cualitativamente» (p. 485).

Hay un sólo punto de la Respuesta de Brennan en que se plantea un problema real: si el Cordobazo fue «espontáneo» u «organizado». Pero como nuevamente prefiere enturbiar el análisis, plantea que no es «confuso» «haber analizado primero la organización y los preparativos del Cordobazo y luego describirlo como ‘espontáneo’». Esta caracterización («espontáneo») la comparte con el libro de Gordillo, que, como señalé en el Comentario no tiene nada de confuso. En la página 492-493 del número 12 del *Anuario del IEHS* está claramente planteado que «esa característica [para ambos autores] parece dada por una contraposición dicotómica en la que lo ‘organizado’ parece ser lo que clásicamente se ha conceptualizado como ‘insurrección obrera consciente’» y señalaba la conveniencia de superar esa dicotomía y atender a «la escala de las diferentes formas que asumen las luchas políticas y sociales en los procesos históricos reales». Como se ve, nada es confuso, aunque Brennan intente enredar a Gordillo en su propia confusión, en lugar de responder a la observación real formulada.

Finalmente, quiero cerrar estas observaciones con un reflexión acerca de la investigación en historia en la Argentina actual.

³ La única vez que en el Comentario aludí a la determinación «consumo» lo hice en relación al consumo de la fuerza de trabajo en la fábrica ¿A qué se refiere Brennan cuando habla de «consumismo»?

⁴ Ver Federico Engels, *Cartas a Konrad Schmidt* (5/8/90 y 27/10/90) y a J. Bloch (21/9/90).

Ha comenzado a difundirse la concepción de que es el gremio de los historiadores el que determina, siguiendo ciertas reglas formales, qué investigaciones son «excelentes» y cuáles no. Las críticas bibliográficas (que no son tales sino reseñas), lo mismo que otras formas de evaluación, parecen atender sólo a lo formal. Y las «formas», como si fuéramos un gremio del medioevo, comienzan a regir toda la producción. Sobre todo entre los más jóvenes. Entre estos criterios se destaca la importancia de considerar que un trabajo aporta al conocimiento «si se consultaron fuentes nuevas», «si tiene datos nuevos», sin importar cómo son analizados, si lo son.

Desde esta perspectiva el libro de Brennan reúne todos los requisitos formales de la excelencia: ha consultado fuentes no trabajadas hasta ahora, es una tesis de doctorado de Harvard, ha sido publicada en una colección especializada, es bibliografía en las universidades. Y sin embargo, creo haber demostrado que sus falencias exceden más que largamente a sus virtudes. ¿No es ésta una demostración de que están errados los criterios que se están aplicando? ¿No será más acertado comenzar a tener en cuenta los contenidos de una investigación y en qué medida se aproximan a la verdad?

En cuanto a Brennan sólo puedo decir que la lectura de su Respuesta a mis observaciones me trajo a la memoria la frase de C. Wright Mills dirigida a sus connacionales refiriéndose a cierta incapacidad para escuchar: «Si no las escuchamos, si no les prestamos toda nuestra atención, nos exponemos a todos los peligros de la ignorancia».⁵

marzo de 1998

⁵ C. Wright Mills, *Escucha, yanqui*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1961, p. 9.